

«Esto me ha probado que no somos bastante ricos para desprendernos de cien luises; he renunciado, pues, á todas las ventajas de mi posición oficial, y he despachado mis correos aéreos con la cláusula, *volved*. ¿He hecho bien? ¿He obrado mal? Lo ignoro; pero, al fin, mi misión no era expresa, y por lo regular suelen probar mal las subrogaciones.»

## MEMORIA COMENZADA SOBRE LA ALEMANIA.

Se había dado á todos los embajadores el encargo de escribir, durante su permanencia en el extranjero una memoria acerca del estado respectivo de los pueblos y gobiernos cerca de los cuales se hallaban acreditados. Estos trabajos podían ser con el tiempo muy útiles para la historia; pero muy pocos funcionarios los emprendieron: de mí sé decir que, aunque poco tiempo en mis embajadas para poder concluir estudios largos en aquel género, di, sin embargo, principio á ellos, escribiendo lo siguiente, entre otras cosas, sobre la situación de Alemania.

«La introducción de los gobiernos representativos en la Confederación Germánica ha despertado en Alemania las primeras ideas innovadoras llevadas con el soplo de la revolución. Allí han fermentado por mucho tiempo, y habiendo sido llamada la juventud para la defensa de la patria bajo una promesa de libertad; fue esta recibida con entusiasmo por los estudiantes, que veían propensos á sus maestros á defender con las armas de la ciencia las teorías liberales. Este amor á la libertad se convirtió en una especie de fanatismo sombrío y misterioso propagado por las sociedades secretas. Sand asustó á la Europa, aunque solo era un entusiasta vulgar, y se equivocó en sus cálculos, perdiéndose su crimen atacando á un publicista, cuyo genio no podía aspirar al imperio ni merecía una puñalada.

«Una especie de tribunal de inquisición política y la supresión de la libertad de imprenta han detenido el movimiento sin haber roto los resortes de la máquina. La Alemania, lo mismo que la Italia, desea hoy la unidad política, y con esta idea, que permanecerá muda mas ó menos tiempo, con arreglo á los acontecimientos, se podrá conmover los pueblos de la antigua Germania siempre que se quiera. Los príncipes ó los ministros que figuren en las filas de la Confederación Germánica apresuraran ó retardaran la revolución del país, pero no impedirán su desarrollo en las ideas. La Baviera por su parte, merced á los trabajos de Mr. de Montgelas, tiende á las nuevas instituciones, aunque detenida en su carrera, al paso que el landgraviato de Hesse no admite la posibilidad de una revolución en Europa. El príncipe que acaba de fallecer quería que sus soldados, en otro tiempo á las órdenes de Napoleón, llevaran coletas y polvos en el pelo, prefiriendo las antiguas costumbres á las nuevas sin conocer que estas pueden copiarse, pero que no es dado á los hombres restablecer las primeras.»

## CHARLOTENBURGO.

Los monumentos son en Berlín y en todo el Norte verdaderas fortalezas, cuyo aspecto entristece el corazón. Cuando vemos plazas de guerra en regiones habitadas y fértiles, las consideramos como defensas legítimas; pero en un desierto, al pie de rocas inaccesibles, solo presentan la idea de la cólera del hombre. ¿Contra quién, en efecto, se levantan sus formidables muros sino contra la miseria y la independencia? Solo yo puedo recrear el ánimo errando por esos sitios solitarios, oyendo mugir al viento al través de las troneras y contemplando la altura de esas fortificaciones que desafían á un enemigo imaginario. Laberintos militares, cañones mudos y cruzados, caminos cubiertos, escarpas y contraescarpas: todo es

allí siniestro, todo lúgubre, como la última idea que mata la esperanza del hombre. Cuando en el centro de la Italia recorría los castillos feudales y encontraba un rebaño de cabras; cuando desde las murallas de la edad media, que rodean á Jerusalén, dirigía mis miradas al valle de Cedron, por donde trepaban entre rocas las mujeres árabes, el espectáculo era triste sin duda, pero la historia me hablaba en aquellos sitios pintorescos, y el silencio presente recordaba á la imaginación los grandes acontecimientos pasados.

Con motivo del nacimiento del duque de Burdeos había pedido licencia, y habiéndoseme concedido, me disponía á marchar. En una carta á su sobrina, dice Voltaire que está viendo serpentear el Sprée, que el Sprée se arroja en el Elba, el Elba en el mar, y que, por último, el mar recibe al Sena: de este modo viajaba con el pensamiento hasta París. Antes de abandonar á Berlín quise ver por última vez á Charlotenburgo, que en nada se parece á Windsor, ni á Aranjuez, ni á Caserta ni á Fontainebleau. La reina de Prusia disfruta allí de una paz que jamás turbará la memoria de Bonaparte. ¡Cuánto ruido hizo en otro tiempo el conquistador en aquel asilo del silencio, cuando llegó con sus legiones ensangrentadas desde los campos de Jena! Después de haber borrado del mapa el reino de Federico Guillermo, denunció desde Berlín el bloqueo continental, y preparó en su mente la campaña de Moscovia: sus palabras desesperaron el corazón de una gran princesa, que yace dormida en Charlotenburgo en su sepulcro monumental; una magnífica estatua de mármol la representa: al examinar el sepulcro escribí lo siguiente, á instancias de la duquesa de Cumberland:

VIAJERO.

¿Qué monumento es ese que se eleva entre los altos pinos bañados por tan humilde riachuelo?

GUARDIAN DEL SEPULCRO.

Algun día será el término de tus viajes. Extranjero es una tumba.

VIAJERO.

¿Quién descansa en ella?

GUARDIAN.

Un objeto lleno de encantos.

VIAJERO.

¿Fue amada en el mundo?

GUARDIAN.

Hasta la adoración.

VIAJERO.

Déjame contemplar sus cenizas.

GUARDIAN.

Si temes llorar, no entres, porque llorarás mucho,

VIAJERO.

He derramado ya bastantes lágrimas. Pero dime si ha venido de Grecia ó de Italia este sepulcro robado. ¿Quién lo ha cedido para hermostrar esta comarca? ¿Es la tumba de Antígona, ó la de Cornelia?

GUARDIAN.

La heldad que encierra vivió siempre entre nosotros.

VIAJERO.

¿Quién ha colgado esas coronas marchitas en los festones del mármol?

GUARDIAN.

Sus hijos, cuyas virtudes fueron coronadas en la tierra.

VIAJERO.

Siento pasos; alguno se acerca.

GUARDIAN.

Es el esposo, que alimenta en esta soledad un funesto recuerdo.

VIAJERO.

¿Pues qué! ¿Lo ha perdido todo?

GUARDIAN.

No; le queda un trono todavía.

VIAJERO.

¡Ah! Un trono no puede consolar á un corazón despedazado.

INTERVALO ENTRE LA EMBAJADA DE BERLÍN Y LA DE LONDRES.—SE BAUTIZA EL DUQUE DE BURDEOS.—CARTA Á MR. PASQUIER.—CARTA DE MR. BERNSTORFF.—CARTA DE MR. ANCILLON.—ÚLTIMA CARTA DE LA DUQUESA DE CUMBERLAND.

Llegué á París cuando iba á bautizarse el duque de Burdeos: la cuna del nieto de Luis XIV, cuyo porte tuvo la honra de pagar, ha desaparecido, como la del rey de Roma. En otra época el atentado de Louvel hubiera asegurado el cetro á Enrique V; pero el crimen solo es un derecho para el hombre que lo comete.

Después de las fiestas á que dió motivo la ceremonia bautismal, me reintegraron por fin en mi ministerio de Estado; Mr. de Richelieu, que me lo había quitado, me lo devolvió; pero la reparación no me fue mas agradable que me había sido enojoso el desaire.

Cuando yo me lisonjaba con la idea de visitar mis terrones, se embrolló el juego político; Mr. de Villele se retiró, y fiel á la amistad y á mis principios, creí deber hacer lo mismo. Con este motivo dirigí á Mr. Pasquier la siguiente carta:

Paris 30 de julio de 1821.

«Señor baron: El día 14 me invitasteis á que pasara á veros para declararme que mi presencia era necesaria en Berlín, á lo cual tuve el honor de contestaros que retirándose, al parecer, del ministerio MM. de Corbiere y de Villele, mi deber me aconsejaba imitar su conducta. En la práctica del gobierno representativo es costumbre que los hombres de igual opinión participen de una misma suerte, y esta costumbre me obliga hoy con mayor motivo, supuesto que se trata, no de un favor, sino de una desgracia. Por lo tanto os reitero por escrito la oferta verbal de mi dimisión del cargo de ministro plenipotenciario en la corte de Berlín, y espero que la sometereis á la aceptación del rey. Suplico á S. M. que apruebe la causa que la motiva, y que crea en la profunda y respetuosa gratitud que me anima por las infinitas bondades con que me ha honrado.

«Soy, señor baron, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

Auncié en seguida al señor conde de Bernstorff el suceso que interrumpía nuestras relaciones diplomáticas, y me contestó lo que sigue:

«Señor vizconde: Aunque esperaba hace tiempo la noticia que acabais de comunicarme, me ha afectado penosamente. Conozco y respeto los motivos que en tan delicada circunstancia han determinado vuestra resolución; pero al paso que ellos aumentan los títulos que os han conquistado la estimación de todo el país, dejan también á este la triste seguridad de una pérdida harta tiempo temida y de hoy mas irreparable. Estos son asimismo los sentimientos del rey y de la real familia, y yo solo aguardo el momento en que seais llamado para decíroslo oficialmente.

«Conservadme un lugar en vuestros recuerdos, y recibid el testimonio de mi sincera adhesión y de la alta consideración, con la cual tengo el honor de ser etc.

»BERNSTORFF.

«Berlín 25 de agosto de 1821.»

También me apresuré á expresar mi amistad y mis verdaderos sentimientos á Mr. Ancillon: su carta (descartando el elogio que de mí hace) merece ocupar un lugar en este libro.

Berlín 22 de setiembre de 1821.

«Es decir, ilustre amigo, que os hemos perdido irrevocablemente, desgracia que yo había ya previsto, pero que me ha afectado como si no la hubiese esperado. Merecíamos por cierto poseeros y conservaros, porque á falta de otro mérito teníamos el de sentir, reconocer y admirar vuestra superioridad. Deciros que el rey, los príncipes, la corte, la ciudad entera os echan de menos, es mas bien hacer su elogio que el vuestro; añadiros que me envanezco de ese sentimiento que honra á mi patria y que participo de él, sería presentaros una verdad muy pálida y ofreceros una débil idea de mis sensaciones; así, pues, dejadme creer que me conocéis bastante para leer lo que pasa en mi corazón. Si este os acusa, mi entendimiento no solo os absuelve, sino que también rinde homenaje á vuestra noble conducta y á los principios que la han dictado. Debíais á la Francia una gran lección y un magnífico ejemplo, y se los habeis dado renunciando á servir á un ministerio que no sabe juzgar su propia situación, y que carece de la energía y del talento necesario para salir de ella. En una monarquía representativa, los ministros y aquellos á quienes ellos confieren los primeros cargos deben formar un todo homogéneo. En esto menos que en cualquiera otra circunstancia, se han de separar los amigos; deben subir y caer al mismo tiempo. Habeis probado á la Francia la verdad de esta máxima, retirándoos con los ministros MM. de Villele y Corbiere, declarando igualmente que la conveniencia propia nada es ante los principios; aun cuando los vuestros no se fundasen en la conciencia, en la razón, en la historia de todos los siglos, bastarian los sacrificios que imponen á un hombre como vos, para establecer en favor suyo una presunción poderosa á los ojos de todos los hombres probos y dignos.

«Espero con impaciencia el resultado de las próximas elecciones para sacar el horóscopo de la Francia, pues ellas decidiran su porvenir.

«Adios, ilustre amigo mio; derramad desde esas alturas en que morais algunas gotas de rocío en este corazón, que solo dejará de admiraros y de quererlos cuando cese de latir.

«ANCILLON.»

Atento al bien de la Francia, sin ocuparme de mí



ni de mis amigos, dirigi en aquel tiempo á *Monsieur* la siguiente carta :

«Si el rey me hiciese el honor de consultarme, hé aquí lo que yo propondría para bien de su servicio y para la tranquilidad del país :

»El centro izquierdo de la cámara Electiva desea el nombramiento de Mr. Royer-Collat; pero en mi opinión quedaría la paz mas asegurada si entrase en el consejo un hombre de mérito de los mismos principios, elegido entre los miembros de las dos cámaras.

»Colocar tambien en el consejo un diputado independiente del lado derecho.

»Acabar de distribuir las direcciones bajo el mismo espíritu.

»En cuanto á las cosas, presentar en tiempo oportuno una ley completa de libertad de imprenta de la cual no formen parte la persecucion en perspectiva ni la censura facultativa; preparar una ley comunal; completar la setenal fijando la edad elegible á los treinta años : en una palabra, marchar con la carta en la mano, y defender ardentemente la religion contra la impiedad, poniéndola al mismo tiempo al abrigo del fanatismo y de las imprudencias de un celo que la perjudica.

»En cuanto á los negocios extranjeros, tres cosas deben tener presentes los ministros del rey : el honor, la independencia y el interés de la Francia.

»La nueva Francia es enteramente realista, pero puede convertirse en revolucionaria. Respétese las instituciones, y yo respondo con mi cabeza de un porvenir pacífico. Viólense, y no soy capaz de garantizar la tranquilidad pública para muchos meses.

»Tanto yo como mis amigos estamos prontos á apoyar con todo nuestro influjo á una administracion formada bajo las bases expuestas.

«CHATEAUBRIAND.»

Una voz, en que la mujer dominaba á la princesa, llegó á consolar lo que podía llamarse el tedio de una vida sin cesar errante. La letra de la señora duquesa de Cumberland estaba tan alterada, que me costó trabajo reconocerla. La fecha de la carta era 28 de setiembre de 1821, y fue la última que recibí de su real mano (1). ¡ Ah! Las nobles amigas que en aquella época me sostenian en París tambien han desaparecido de la tierra : ¡ felices aquellos á quienes la edad embriaga como el vino, y que pierden la memoria á fuerza de años!

MR. DE VILLELE, MINISTRO DE HACIENDA.—ME NOMBRA EMBAJADOR EN LONDRES.

Las dimisiones de MM. de Villele y de Corbiere produjeron muy pronto la disolucion del gabinete, haciendo entrar á mis amigos en el consejo, segun yo lo habia previsto. El vizconde de Montmorency fue nombrado ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de Villele de Hacienda, y Mr. de Corbiere del Interior. Yo habia tenido demasiada parte en los últimos movimientos políticos, y ejercía bastante influencia en la opinion para quedar olvidado. Se resolvió que fuese á reemplazar á Mr. Decazes en la embajada de Londres, pues Luis XVIII siempre consentia en tenerme alejado. Fui á darle las gracias, y me habló de su favorito con un afecto constante muy raro en los principes, pidiéndome que borrara de la imaginacion de Jorge IV las prevenciones que este abrigaba contra el duque

(1) La princesa Federica, reina de Hannover, acaba de morir, despues de una larga enfermedad. Siempre se encuentra la muerte en las *notas* que acompañan á mi texto. (Nota de París. Julio de 1811.)

Decazes, y que yo tambien diese al olvido las diferencias que habia tenido con el antiguo ministro de la Policía. Aquel monarca, que nunca derramó una lágrima por sus propias desgracias, estaba comovido al recordar las penas que podian haber afligido al hombre á quien distinguia con su amistad.

Mi nombramiento despertó mis recuerdos; mi juventud, mi emigracion, todo acudió á mi mente con sus alegrías y sus dolores. Mi esposa, que tenia mucho miedo al mar, no se atrevió á pasar el Estrecho, y marché solo, pues los secretarios de la embajada me habian precedido.

AÑO DE 1822.—PRIMERAS COMUNICACIONES DE LONDRES.

En Londres escribí en 1822 la mayor parte de estas *Memorias*, que contienen mi viaje á América, mi vuelta á Francia, mi matrimonio, mi viaje á París, mi emigracion á Alemania en compañía de mi hermano, mi residencia y mis desgracias en Inglaterra desde 1793 hasta 1800. Ahora, en 1839, estoy escribiendo entre los muertos de 1832 y los que tuvieron igual suerte en 1793.

En el mes de abril de 1822 me hallaba en Londres, á cincuenta leguas de Mad. Sulton. Paseábame en el parque de Kensington con mis nuevas impresiones y el recuerdo de los años trascurridos: confusion de tiempos que produce en mí una confusion de pensamientos.

Continuaban las vacaciones parlamentarias á mi arribo, y el subsecretario de Estado, Mr. Planta, me propuso de parte del marqués de Londonderry que fuese á comer á Nort-Cray, posesion del noble lod. Aquella casa de campo tenia vistas á algunas praderas: la marquesa de Londonderry estaba muy en moda, tanto como mujer de la alta aristocrácia, como por ser esposa del primer ministro.

Mi comunicacion del 12 de abril (número 4) refiere mi primera entrevista con lord Londonderry, en los siguientes términos :

Londres 12 de abril de 1822.

«Señor vizconde : Antes de ayer, miércoles 10 del corriente, me presenté en North-Cray, y voy á exponer mi conversacion con el marqués de Londonderry, la cual duró hora y media antes de comer, pues aunque la proseguimos despues, fue con menos desembarazo, porque no estábamos solos.

»Lord Londonderry se informó ante todo de la salud del rey, pero con tal empeño, que sus palabras descubrian visiblemente un interés político. Tranquilo ya sobre este punto, me habló del ministerio, diciendo : — «Se va afirmando.—Hasta ahora, le conteste, no se ha encontrado débil, y como pertenece á una opinion, será el árbitro de todas las medidas, en tanto que dicha opinion prevalezca en las Cámaras.» De aquí pasamos á las elecciones, y luego á la guerra entre la Rusia y la Turquía. Al citarme lord Londonderry soldados y ejércitos, me ha parecido que es de la misma opinion que nuestro antiguo ministerio respecto al peligro de reunir un gran cuerpo militar, idea que ha combatido sosteniendo que nada hay que temer del soldado francés colocado enfrente del enemigo; que nuestro ejército se ha aumentado, que tal vez mañana, si es necesario, tendrá tres veces mas fuerza, sin el menor inconveniente, y por último, que algunos oficiales podran gritar estando de guarnicion : *viva la carta*, pero que nuestros soldados siempre gritaran *viva el rey* en los campos de batalla.

»Ignoro si esto hizo olvidar al marqués sus ideas sobre el tráfico de negros; pero lo cierto es que no me habló de este asunto, pero sí del mensaje del presidente de los Estados-Unidos, por el cual invita al congreso á que reconozca la independencia de las

colonias españolas. Los intereses mercantiles, le dije, podran sacar alguna ventaja de esa disposicion, mas no sucederá lo mismo con el interés político. Bastantes ideas republicanas vuelan esparcidas por el mundo, y aumentar su masa es comprometer mas y mas la suerte de las monarquías europeas. Lord Londonderry piensa lo mismo que yo, y ha pronunciado estas notables palabras:—*En cuanto á nosotros (los ingleses), de ningun modo estamos dispuestos á reconocer esos gobiernos revolucionarios.* ¿Habla con sinceridad?

»No debemos dudar de que tarde ó temprano reconocerá la Inglaterra la independencia de las colonias españolas, pues le obligarán á ello la opinion pública y el interés de su comercio. Lo único que por lo demás puedo aseguráros, es que he encontrado en el marqués de Londonderry un hombre de talento, de dudosa franqueza, y de opiniones que se rozan con el antiguo sistema ministerial; un político acostumbrado á una diplomacia sumisa, y sorprendido, aunque no irritado, del lenguaje digno de la Francia; un ministro, en fin, que no podia dejar de admirarse al hablar con uno de esos realistas, á quienes hace siete años está considerando como locos ó imbeciles.

»Tengo el honor, etc.»

A estos asuntos generales se unian, como en todas las embajadas, transacciones particulares que me ocuparon un tiempo precioso: las reclamaciones eran interminables, y no me dejaban dedicarme á ocupaciones útiles. Tuve que ocuparme de las reclamaciones del Señor duque de Fitz-James; de un proceso instruido sobre el navio inglés *Eliza-Ann*, de las depredaciones hechas por los pescadores de Jersey en los bancos de ostras de Granville, etc., etc. Tuve que consagrar parte de mi memoria á conservar el nombre de los reclamantes. Triste cosa es tener que recordar nombres tan ásperos como Usquin, Coppinger, Deliegue y Piffre. ¿Podremos creer que los nuestros serán de mas duracion? Habiendo muerto en América un tal Bonnet, todos los Bonnet de Francia me escribieron pidiendo su herencia. ¡ Los verdugos me escriben todavía! Tiempo es, sin embargo, de que me dejen en paz; pero por mas que les contesto asegurándoles que desde el hundimiento del trono de nada me ocupo, ellos quieren heredar á toda costa, y nada basta á sosegarlos.

En cuanto á Oriente, se trató de que fuesen llamados todos los embajadores; pero conocí que la Inglaterra no seguiría el movimiento de la alianza continental, y así lo dije al vizconde de Montmorency. La ruptura temida entre la Rusia y la Puerta no tuvo lugar, porque la moderacion de Alejandro retardó aquel acontecimiento. Mucho fue lo que escribí respecto á este asunto; trabajo perdido, que ha quedado muerto en nuestros archivos, como las ideas inútiles de los hombres se sepultan en el olvido sin dejar rastro en la memoria.

El parlamento abrió de nuevo sus sesiones el 17 de abril; el rey volvió el 18, y me recibió el 19. Con la misma fecha noticié al ministerio mi presentacion; mi carta terminaba así:

«S. M. B., con su variada y sostenida conversacion, no me ha dado tiempo para hacerle presente una cosa que el rey me recomendó especialmente; pero muy pronto va á ofrecerse la ocasion favorable de una nueva audiencia.»

CONVERSACION CON JORGE IV RESPECTO Á MR. DECAZES. —NOBLEZA DE NUESTRA DIPLOMACIA DURANTE LA LEYTIMIDAD.—SESION DEL PARLAMENTO.

Lo que el rey me habia encargado muy particularmente para Jorge IV se referia al señor duque Decazes, y llené sus deseos mas tarde, diciéndole que

Luis XVIII estaba afligido por la frialdad con que habia sido recibido el embajador de S. M. cristianísima. Jorge IV me respondió:

—«Os confieso, Señor de Chateaubriand, que la mision de Mr. Decazes no me agradaba, porque se portaba conmigo de una manera poco conveniente. Unica mente mi afecto hacia el rey de Francia me ha hecho sufrir á un favorito, cuyo único mérito estriba en la adhesion que profesa á su señor. Luis XVIII ha contado mucho con mi buena voluntad, y no se ha engañado; pero no he podido llevar la indulgencia hasta el punto de tratar á Mr. Decazes con una distincion que hubiera herido el orgullo de la Inglaterra. Decid, no obstante, á vuestro rey que me ha comovido lo que de su parte me habeis manifestado, y que me consideraré feliz siempre que pueda probarle mi cariño verdadero.»

Alentado por estas palabras, expuse á Jorge IV todo cuanto me ocurrió en favor de Mr. Decazes; pero me contestó, mitad en francés, mitad en inglés:—«Perfectamente; sois un buen caballero.» De vuelta á París referí á Luis XVIII esta conversacion, y me pareció que se manifestaba agradecido. Jorge IV me habia hablado como príncipe bien educado, aunque de espíritu ligero; se expresó sin acritud, porque pensaba en otra cosa. No convenia sin embargo jugar con él á todo trance, pues cierto dia apostó uno de los grandes que le acompañaban á la mesa, que suplicaria al rey tirase del cordón de la campanilla, y que Jorge IV obedeceria. En efecto, obedeció, pero dijo al *gentleman* de servicio.—«Echad fuera de aquí á este caballero.»

El pensamiento de proporcionar esplendor y fuerza á nuestras tropas me dominaba sin cesar, y el 13 de abril escribí lo que sigue á Mr. de Montmorency: «Voy á someter, señor vizconde, una idea á vuestro juicio. ¿Desaprobarias que sin salir de los límites de una conversacion casual hiciese yo comprender al príncipe de Esterhazy que si el Austria tuviese necesidad de retirar parte de sus tropas podríamos reemplazarlas en el Piamonte? Algunos rumores esparcidos acerca de una reunion de fuerzas en el Delfinado me ofrecerian un texto favorable. Ya propuse al anterior ministerio poner una guarnicion en Turín, con motivo de la asonada del mes de junio de 1821; pero deseché esta medida, y creo que al hacerlo cometió una falta muy grave. Persisto en pensar que la presencia de algunas tropas francesas en Italia produciria un efecto notable en la opinion, y que este paso seria muy honroso para el gobierno.»

Existen abundantes pruebas de la nobleza de nuestra diplomacia durante la restauracion; pero esto ¿qué importa á los partidos? ¿No he leído hoy mismo en un periódico de la izquierda que la *Santa Alianza* nos ha obligado á ser sus esbirros y á declarar la guerra á España, cuando está ahí el *congreso de Verona*, y cuando los documentos diplomáticos atestiguan de un modo irrecusable que toda la Europa, á excepcion de la Rusia, se negaba á aquella guerra, que la Inglaterra la rechazaba abiertamente, y que el Austria nos contrariaba en secreto adoptando medidas muy poco nobles? Esto no se opondrá á que mañana vuelva á mentirse de nuevo, sin examinar la cuestion. Toda mentira, mil y mil veces propalada, se convierte en verdad. No es fácil tener respecto de las opiniones humanas todo el desprecio que se merecen.

Lord J. Russell presentó el 25 de abril en la cámara de los Comunes una mocion sobre la representacion nacional en el parlamento, y Mr. Canning la combatió, proponiendo á su vez un bill para anular una parte del acta que priva á los pares católicos de su derecho de votar y de sentarse en la cámara. Mon



sieur Canning asistia en 1822 a la sesion de la cámara de los Pares en que fue desechado su bill, y se incomodó por una frase del anciano canceller: este dijo, hablando del primero: «Me han asegurado que se marcha a la India; vaya con Dios el lindo gentleman (this fine gentleman); buen viaje, buen viaje.» Mister Canning me dijo al salir: «Ya lo volveré a encontrar.»

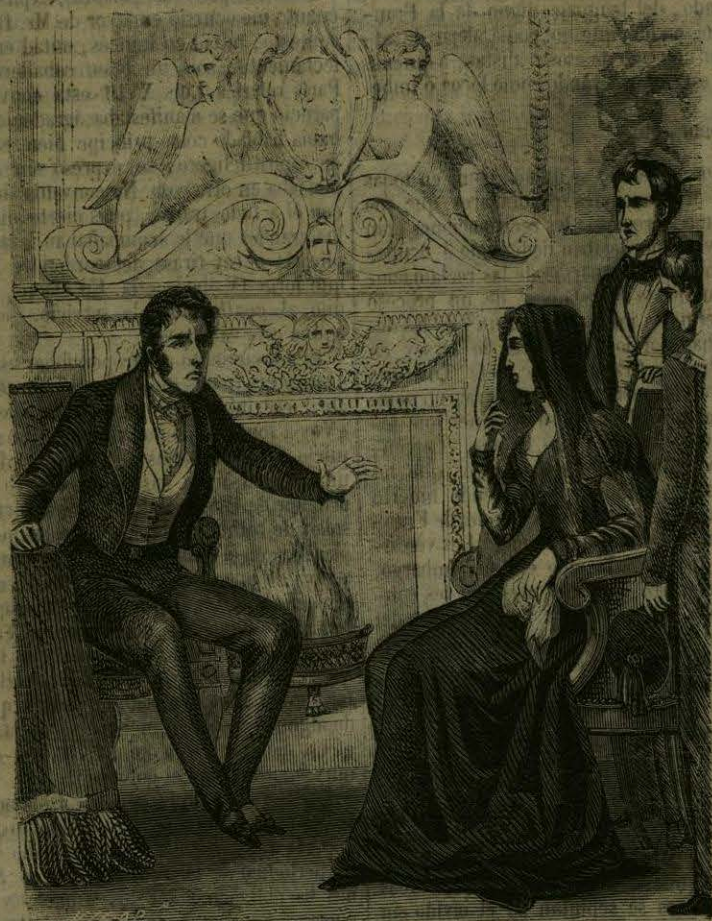
Lord Holland discurría muy bien; aunque no llegaba a Mr. Fox, daba vueltas en torno de su asiento, hablando muchas veces de espaldas a la asamblea y dirigiendo sus palabras a las paredes. Le gritaban ¡Atencion! ¡Atencion! y a nadie chocaba aquella originalidad.

En Inglaterra cada cual se expresa como puede: todos escuchan con paciencia, y nadie extraña que un orador carezca de facilidad, y con tal que pro-

nuncie algunas frases de buen sentido, se le considera como hombre que habla bien, a fine speech. Aquella variedad de políticos sin pulir acaba por ser agradable, aunque a decir verdad solo unos cuantos lores y otros tantos miembros de la cámara de los Comunes son los que hablan.

SOCIEDAD INGLESA.

La llegada del rey, la apertura del parlamento, la época de las fiestas constituian una amalgama de obligaciones, de negocios y de placeres, y solo se encontraba a los ministros en la corte, en un baile ó en las cámaras. Para celebrar el aniversario del nacimiento de S. M. comí en casa de lord Londonderry; tambien comí otro dia en la galera del lord corregidor, que subia el rio hasta Richemond; pero



CHATEAUBRIAND REENCUENTRA A MISS CARLOTA IVES.

mas me gusta el Bucentauro en miniatura del arsenal de Venecia, que solo conserva el recuerdo del dux y un nombre debido a la pluma de Virgilio.

Tambien estuve convidado al Este de la ciudad en casa de Mr. Rothschild, de Londres, de la rama segunda de Salomon: pero ¿en dónde no me hicieron comer? El roast-beef tenia la planta de la torre de Londres; los pescados eran tan largos que no mostraban la cola; damas, que solo allí he visto, cantaban

como Abigail. Yo sorbia el tokai no lejos de los sitios que me vieron beber agua de brucos y casi desfallecer de hambre: recostado en el fondo de mi cómodo carruaje, veia a Westminster, donde habia pasado una noche encerrado y paseándome por sus contornos con Hingant y Fontanes: por último, mi gran hotel, cuyo alquiler me costaba treinta mil francos, estaba enfrente del granero que habitó mi primo La Bouetardaye.

No se trataba ya de aquellas humildes fiestas de emigrados, en que bajábamos al son del violín de un consejero del parlamento de Bretaña: era nada menos que Almack's dirigido por Colinet lo que me deleitaba; esto es, un baile público favorecido por las mas encopeladas señoras del Oeste. En él se encontraban los viejos y los jóvenes dandys, brillando entre los primeros el vencedor de Waterloo, y entre los segundos lord Clamwillam, hijo, segun se decia, del duque de Richelieu. Empeñaba cosas admirables; corría a caballo hasta Richemond, y volvía a Almack's despues de caerse dos veces, y pronunciaba el inglés a la moda de Alcibiades, de un modo que encantaba. En 1822 el fashionable debia presentarse al primer

golpe de vista bajo un aspecto desgraciado y enfermizo eran de rigor el descuido en la persona, las uñas largas, la barba a medio afeitar, los cabellos esparcidos y mal peinados, la mirada profunda, sublime, extrañada y fatal, los labios contraídos y el corazon a lo lord Byron, empapado en disgustos y sumido entre los misterios de la existencia.

Hoy ya no sucede lo mismo; el dandy tiene un aspecto conquistador, ligero é insolente; se esmera en su compostura, lleva bigotes ó barba ovalada como la fresa de la reina Isabel; declara la fiera independencia de su carácter, conservando siempre encasquetado el sombrero, arrojándose sobre los sofás y estirando las piernas hasta tocar con las botas las



CHATEAUBRIAND MINISTRO DE ESTADO.

parices de las damas, absortas de admiracion. Es preciso que la salud del dandy sea perfecta y que su alma esté envuelta entre cinco ó seis felicidades: algunos gastan pipa.

Sin duda todo habrá cambiado mientras yo escribo, y ya se dice que el dandy actual no debe saber si existe, si hay mundo, si hay mujeres y si debe saludar al prójimo. Lo que puede asegurarse es que todos los ingleses son locos por naturaleza ó por moda.

Lord Clamwillan se ha eclipsado pronto; le he encontrado en Verona, y ha sido embajador de In-

glaterra en Berlin; hemos seguido algun tiempo el mismo rumbo, aunque no hemos caminado a un mismo paso.

Nada era tan favorecido en Londres como la insolencia, segun lo atestigua Dorset, hermano de la duquesa de Glouce: galopaba en Hyde-Park, saltaba las barreras, jugaba como un desesperado, y tuteaba sin cumplimiento a todo el mundo: su triunfo fue completo, y para que nada le faltase, acabó por enterrar a una familia entera.

Las damas de mas boga me agradaban poco, pero entre ellas habia una encantadora; era lady Gwidir;



por su tono y maneras parecia francesa. Lady Jersey se mantenía aun bonita, y en su casa encontré á la oposicion. Lady Conyngham pertenecia tambien á esta, y el mismo rey conservaba un secreto afecto á sus antiguos amigos. Entre las que honraban y protegian el baile de Almack's figuraba la embajadora de Rusia.

La condesa de Lieven se habia hecho de moda por sus ridiculas diferencias con Mad. de Olmoín y Jorge IV. Como era atrevida y pasaba por estar bien relacionada en la corte, se habia convertido en *fashionable* hasta el exceso. La suponian mujer de talento, porque pensaban que su marido no lo tenia, lo cual no era cierto, pues Mr. de Lieven era muy superior á su esposa. Esta era una mujer comun, pesada, árida, que solo sabia hablar de política vulgar; pero en realidad todo lo ignoraba, y ocultaba la falta de ideas con la abundancia de palabras. Cuando se halla entre personas de mérito, calla y reviste su nulidad con un aire superior de fastidio, como si tuviese el derecho de fastidiarse de todo lo bueno y útil. Ahora se ocupa en escribir cartas y en arreglar bodas, y nuestros novicios acuden á sus salones para conocer el mundo y el arte de sus secretos: los ministros y los que aspiran á serlo se muestran orgullosos al verse favorecidos por una dama que ha tenido el honor de ver á Mr. de Metternich, cuando este gran político, para descansar del peso de los negocios, se entretiene en deshacer seda. El ridiculo esperaba en París á esa dama, á cuyos piés ha caido un doctrinario sedudo: amor, tu perdiste á Troya.

El día se distribuía en Londres del modo siguiente: concurríase á una partida, ó sea primer desayuno, en el campo, á las seis de la mañana; despues volvíamos á almorzar á la capital; nos vestíamos para el paseo de Bund-Street ó de Hyde Park; volvíamos á hacer lo mismo para comer á las siete y media; nos mudábamos otra vez para ir á la ópera, y á media noche nos poníamos el último traje para la *soirée* ó el *raout*. ¡Qué vida tan deliciosa! Mil veces hubiera preferido estar en galeras. El gran tono era no poder penetrar en los reducidos salones de un baile particular, en permanecer en la escalera obstruida por la multitud, y en encontrarse cara á cara con el duque de Somerset, felicidad que he disfrutado una vez. Los ingleses de la nueva raza son muchísimo mas frívolos que nosotros, se vuelven locos por un *Schau*, y si el verdugo de París se presentase en Londres, reuniría á su lado á toda la Inglaterra. ¿No ha entusiasmado el mariscal Sout á las damas, lo mismo que Blucher, cuyos bigotes besaban? Nuestro mariscal, que no es ni Antipatro, ni Antígono, ni Seleuco, ni Antioco, ni Ptolomeo, ni otro ninguno de los capitanes-reyes de Alejandro, es un soldado distinguido que ha saqueado la España dejándose derrotar, y que ha perdonado la vida á muchos frailes por los cuadros de sus conventos. Pero tambien es cierto que en 1814 publicó una furiosa proclama contra Bonaparte, á quien recibió en triunfo pocos dias despues. Por un shilling enseñan en Londres un par de botas suyas muy viejas, porque la orilla del Támesis es el almacén general de los recuerdos de la fama, los cuales no tardan en desaparecer. En 1822 estaba la ciudad atestada de memorias de Bonaparte; su busto adornaba todas las chimeneas, y su estatua colosal, obra de Cánova, se veía en la escalera del duque de Wellington. ¿No se hubiera pedido consagrar otro santuario en aquel templo para el Marte encadenado? Semejante deificación parece mas bien propia de la vanidad de un conserje que del honor de un guerrero.—«General, no vencisteis á Napoleon en Waterloo; no hicisteis mas que torcer el último eslabon de un destino despedazado.»

## PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES.

Despues de mi presentacion oficial á Jorge IV, volví á verle muchas veces. El reconocimiento de las colonias españolas por la Inglaterra era asunto casi decidido, y en mi comunicacion de 7 de mayo se leen la conversacion que tuve con lord Londonderry y las ideas de este ministro, cuyos pormenores, interesantes entonces, no producirian hoy el menor efecto. Dos cosas debian llamar la atencion en el estado de las colonias españolas respecto á Inglaterra y Francia, los intereses mercantiles y los políticos, acerca de los cuales y del lord ministro me expresaba así: «Cuanto mas trato al marqués de Londonderry, mas astuto le encuentro: es hombre lleno de recursos, que nunca dice mas que lo que quiere decir; de modo que parece en muchas ocasiones un hombre sencillo. Tiene la voz, la sonrisa, la mirada y otras cosas de monsieur Pozzo di Borgo, pero no inspira confianza.»

Mi despacho terminaba de este modo: «Si la Europa se ve obligada á reconocer los gobiernos americanos de hecho, toda su política debe tener por objeto establecer monarquías en el Nuevo-Mundo en lugar de esas repúblicas revolucionarias que nos enviarán sus principios con los productos de su suelo.»

«Al leer esta comunicacion, señor vizconde, experimentareis sin duda, como yo, un movimiento de satisfaccion, porque es haber adelantado un gran paso en política el obligar á la Inglaterra á asociarse con nosotros respecto á intereses sobre los cuales no nos hubiera consultado hace seis meses. Me felicito, como buen francés, de todo cuanto se dirija á colocar á nuestra patria en el rango que debe ocupar entre las naciones extranjeras.»

Esta carta era la base de todas mis ideas y de todas las negociaciones acerca de los negocios coloniales, de los cuales me ocupé durante la guerra de España, y un año antes que esta se declarase.

VUELVEN A ANUDARSE LOS TRABAJOS PARLAMENTARIOS.—  
BAILE Á BENEFICIO DE LOS IRLANDESES.—DESAFÍO ENTRE EL DUQUE DE BEDFORD Y EL DE BUCKINGHAM.—  
COMIDA EN REAL-LODGE.—LA MARQUESA DE CONINGHAM Y SU SEGRETO.

El 17 de mayo fui al teatro de Covent-Garden, al palco del duque de York. El rey asistió, y á pesar de haber sido aborrecido en otro tiempo, fue saludado con entusiastas aclamaciones. El 19 comió el duque de York en la embajada francesa, y aunque Jorge IV deseaba dispensarme el mismo honor, tuvo miedo á los zelos diplomáticos de mis colegas.

El vizconde de Montmorency se negó á entrar en negociaciones acerca del reconocimiento de las colonias españolas, con el gabinete británico, y el día 19 al mediodía supe la muerte del duque de Richelieu. Este hombre honrado habia soportado con paciencia su primera separacion del ministerio; pero faltando á su espíritu la actividad de los negocios, languideció. El gran nombre de Richelieu solo nos ha sido transmitido por mujeres.

Las revoluciones proseguian en América: con este motivo escribí á Mr. de Montmorency lo que sigue:

Londres 28 de mayo de 1822.

«El Perú acaba de adoptar una constitucion monárquica, y la política europea debiera esmerarse en obtener igual resultado para las demás colonias que se declaran independientes. Los Estados-Unidos temen sobremanera que en Méjico se establezca un imperio: lo que yo creo es que si todo el Nuevo-Mundo se convierte en republicano, perecerán las monarquías del antiguo.»

Hablábase mucho de la miseria de los aldeanos irlandeses, y se bailaba para su consuelo. En efecto, en la Ópera ocupaba el baile á las almas sensibles: el rey me encontró en uno de los corredores, y habiéndome preguntado qué era lo que allí hacia, me llevó á su palco.

El parterre inglés era, en mis dias de destierro, turbulento y grosero; los marineros bebían allí cerveza, comían naranjas y apostrofaban á los palcos. Cierta noche me encontré al lado de un marinero, que estaba completamente borracho, y habiéndome preguntado dónde nos hallábamos, le dije que en Covent-Garden.—*Pretty garden indeed* (bonito jardín por cierto), exclamó, poseído, como los dioses de Homero, de una risa inextinguible.

Convidado últimamente á una *soirée* en casa de lord Lansdown, me presentó su señoría á una dama de severo continente, que tenía setenta y tres años: vestía un traje de crespon, y cubría sus cabellos blancos un velo negro, de modo que parecia una reina destornada. Me saludó con tono solemne, pronunciando tres frases estropeadas de *El Genio del cristianismo*, y añadió gravemente:—«Yo soy *mistriss Siddon*.» Si me hubiera dicho yo soy *lady Macbeth*, la hubiera comprendido. En otro tiempo la conocí en el teatro cuando estaba en la fuerza de su talento; pero basta vivir para encontrar esos restos de un siglo arrojados por las olas del tiempo á las orillas de otro siglo.

Mis visitas de Francia en Londres fueron el duque y la duquesa de Guiche, de quienes hablaré cuando me ocupe de Praga; el marqués de Custine, cuya infancia conocí en Fervaques, y la vizcondesa de Noailles, tan amable y graciosa como si juguetease á la edad de catorce años por los hermosos jardines de Mereville.

Todos estábamos cansados de fiestas, y los embajadores deseaban marcharse con licencia, preparándose el príncipe de Esterhazy á partir para Viena, donde esperaba ser llamado á un congreso, del cual se hablaba mucho. Mr. Rotschild se volvía á Francia despues de haber concluido con su hermano el empréstito ruso de veinte y tres millones de rublos. El duque de Bedford se habia batido con el de Buckingham en el fondo de una quebrada de Hyde-Park, en tanto que una cancion injuriosa contra el rey de Francia, enviada de París ó impresa en los papeluchos de Londres, entretenía á la canalla radical inglesa que se reía al leerla, sin saber por qué.

El 6 de junio marché á Royal-Lodge, en donde ya estaba el rey, que me habia convidado á comer y á pasar la noche.

Volví á ver á Jorge IV el 12, el 13 y el 14 en Drawing-room y en el baile de S. M. El 24 di una fiesta al príncipe y á la princesa de Dinamarca, á la cual se convidó el duque de York. Hubiera parecido asunto importante en otro tiempo la amabilidad con que me trataba la marquesa de Coningham, y por ella supe que no se habia abandonado la idea del viaje de S. M. B. al continente, secreto que guardé religiosamente en mi pecho. Por lo demás, en vano me hubiera empeñado en conocer algunos pormenores en la corte respecto á este negocio, porque allí se oía, pero no se contestaba.

## RETRATOS DE LOS MINISTROS.

Lord Londonderry era un hombre impasible, que desconcertaba á cualquiera con su sinceridad de ministro y su reserva de caballero. Explicaba franca y glacialmente su política, guardando profundo silencio sobre los hechos. Nadie sabia lo que debía creer de lo que manifestaba ó de lo que pretendía ocultar.

Poseía un género de elocuencia irlandesa que continuamente excitaba la hilaridad de la cámara de los

Lores y el contento del público; sus *blunders* eran célebres, pero tambien tenia arranques de elocuencia que entusiasmaba á la multitud, como lo prueban sus palabras, que ya he consignado, acerca de la batalla de Waterloo.

Lord Harrowby era presidente del consejo, y hablaba con propiedad, con lucidez y conocimiento de los hechos. Era además un perfecto *gentleman*. Cierta dia me anunciaron en Génova un inglés, y se me presentó lord Harrowby, á quien reconocí con mucho trabajo; habia perdido á su último rey y el mio estaba desterrado.

Ya he hablado de Mr. Peel y de lord Westmorland al ocuparme del congreso de Verona.

Ignoro si lord Bathurst descendía del conde de Bathurst, de quien escribía Sterne: «Este señor es un prodigio, pues á los ochenta años conserva el despejo y la viveza de un hombre de treinta, una disposicion extraordinaria para matar el tiempo y el poder de agradar.» El ministro era instruido y tratable, notándosele bastante apego á las antiguas maneras francesas del mundo elegante. Tenia tres ó cuatro hijas que corrian, ó mejor dicho, volaban como las golondrinas del mar. ¿Qué se han hecho? ¿Cayeron al Tiber con la jóven inglesa que llevaba su mismo nombre?

Lord Liverpool no era, como lord Londonderry, el principal ministro, pero si el mas influyente y respetado. Se le tenia por hombre religioso y honrado, reputacion en alto grado poderosa para quien la posee: se acude á él con la misma confianza que á un padre, y ninguna accion parece buena si antes no recibe la sancion de ese personaje santo, investido de una autoridad muy superior á la del talento. Lord Liverpool era hijo de Carlos Jenkinson, baron de Hawkesbury, conde de Liverpool, favorito de lord Bute. Casi todos los hombres de Estado ingleses han comenzado por la carrera literaria, componiendo versos mas ó menos buenos, artículos excelentes en general, que publicaban los periódicos. Se conserva un retrato del primer conde de Liverpool, de cuando era secretario particular de lord Bute: su familia se ve hoy muy afligida, pero esta vanidad, pueril en todo tiempo, lo es hoy mucho mas, porque no debemos olvidar que los mas ardientes revolucionarios mamaron su odio contra la sociedad en desgracias de familia ó en inferioridades sociales. Es, pues, muy posible que lord Liverpool, inclinado á las reformas, y á quien Mr. Canning debió su primer ministerio, haya sufrido, á pesar de la rigidez de sus principios, las influencias de algunos recuerdos desagradables.

En la época en que conocí á lord Liverpool habia llegado casi á la iluminacion puritana. Por lo regular vivia solo, en compañía de una hermana ya anciana, á algunas millas de Londres: hablaba poco; su rostro era melancólico; se habia acostumbrado á inclinar la cabeza, y parecia que escuchaba siempre alguna triste noticia: cualquiera hubiera dicho que veía caer sus últimos años, como si fuesen gotas de agua helada. Por lo demás, no se le conocía ninguna pasion, y vivía segun Dios.

Mr. Crocker, miembro del almirantazgo, célebre como orador y como escritor, pertenecia á la escuela de Mr. Pitt, como Mr. Canning, aunque mas despreciado que este. Ocupaba en White-Hall uno de aquellos aposentos sombríos, de donde Carlos I habia salido por una ventana para ir al cadalso. Se admira uno cuando entra en las habitaciones de los directores de esos establecimientos, cuyas operaciones se sienten de polo á polo. Algunos hombres con carrick negro, hé aqui lo que se encuentra: y sin embargo, ellos son los gefes de la marina inglesa, ó de esa compañía de comerciantes, sucesores de los emperadores del Mogol, y que cuentan en las Indias con doscientos millones de súbditos.



Mr. Crocker fue hace dos años á visitarme á la enfermería de María Teresa, y me hizo observar la semejanza de nuestras opiniones y de nuestra suerte. Los acontecimientos nos han separado del mundo, pues la política forma solitarios, como la religión anacoretas. Cuando el hombre habita en el desierto, encuentra en sí mismo una lejana imágen del ser infinito que, viviendo solo en la inmensidad, ve sucederse unas á otras las revoluciones de los mundos.

PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES.

Durante los meses de junio y julio los asuntos de España empezaron á ocupar seriamente al gabinete de Londres. Lord Londonderry y la mayor parte de los ministros manifestaban, al tratar de este negocio, una inquietud y un temor risibles. El ministerio se figuraba que en caso de ruptura, tal vez no quedaríamos airosos con los españoles, y en cuanto á los embajadores de las demás potencias, temblaban al imaginar que podíamos ser batidos, pues siempre veían á nuestro ejército pronto á engalanarse con la escarapela tricolor.

En mi comunicacion de 28 de junio, número 35, expresaba del modo siguiente las disposiciones de la Inglaterra:

Londres 28 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Me ha sido mas difícil poder decirlo que piensa lord Londonderry respecto á España que fácil me será penetrar el secreto de las instrucciones dadas á sir W. A. Court; nada, sin embargo, omitiré para procurarme los pormenores que me pedis en vuestro último despacho, número 18. Si no he juzgado mal la política del gabinete inglés, y el carácter de lord Londonderry, estoy persuadido de que sir W. A. Court no ha llevado la menor orden escrita. Se le habrá recomendado observar á las partes sin mezclarse entre ellas, porque el gobierno inglés no quiere las córtés y desprecia á Fernando, pudiéndose asegurar que nada hará en favor de los realistas. Por otra parte, nuestra creciente prosperidad inspira mucha envidia, y aunque aquí, entre los hombres de Estado, hay un vago temor á las pasiones revolucionarias de España, se halla subordinado á intereses particulares; de modo que el mismo principio que impide á la Inglaterra retirar su embajador de Constantinopla se lo hace conservar en Madrid; pues siempre se separa de las reglas comunes y solo atiende al partido que puede sacar del trastorno de las naciones.

»Tengo el honor, etc.»

El 16 de julio volví á escribir á Mr. de Montmorency lo que sigue:

Londres 16 de julio de 1822.

«Señor vizconde: Los periódicos ingleses, refiriéndose á los franceses, nos dan hoy noticias de Madrid hasta el 8 del corriente inclusive. Nada he esperado del rey de España, y al fin los sucesos no me han sorprendido: si debe perecer ese desgraciado príncipe, el género de su catástrofe no puede ser indiferente al resto del mundo, pues al paso que el puñal solo mataría al monarca, pudiera tal vez el cadáver matar á la monarquía. Bastan ya para juicios los de Carlos I y Luis XVI, y el cielo nos preserve de un tercero, que sancionaría una especie de derecho en los pueblos y un cuerpo de jurisprudencia contra los reyes. Todo podemos esperar al presente, y la declaracion de guerra del gobierno español es una de las eventualidades que el francés ha debido prever. De todos modos, pronto tendrá que desaparecer el cordon sanitario, por falta de pretextos para que subsista: será, pues, preciso confesar que se convierte en un cuerpo

de ejército, y exponer los motivos de su conservacion, lo cual equivaldrá á una declaracion de guerra. ¿Disolveremos, pues, el cordon sanitario? Semejante acto de debilidad comprometeria á la Francia, humillaria al ministerio y reanimaria entre nosotros las esperanzas de la faccion revolucionaria.

»Tengo el honor, etc.»

DOS PALABRAS RESPECTO AL CONGRESO DE VERONA.— CARTA Á MR. DE MONTMORENCY.—SU CONTESTACION.— CARTA MAS FAVORABLE DE MR. DE VILLELE.— ESCRIBO Á MAD. DURAS.—BILLETE DE MR. DE LILLE Á LA MISMA.

Desde el congreso de Viena y el de Aquisgram los principes de Europa no pensaban mas que en celebrar otros, pues en ellos se divertían repartiéndose los pueblos. No bien se terminó en Troppau el congreso empezado en Laibach, cuando ya se dispuso convocar otro en Viena, en Ferrara ó en Verona, porque los asuntos de España ofrecían la ocasion de apresurar el momento. Cada córte habia ya designado su embajador.

En Londres se preparaba todo el mundo para marchar á Verona, y como siempre habian sido las cuestiones españolas mi principal estudio; como tambien tenia yo formado mi plan para el honor de la Francia, creía ser de alguna utilidad en el nuevo congreso, haciéndome al paso conocer bajo un aspecto en que no se pensaba. Escribí ya el 24 de mayo á Mr. de Montmorency, pero no obtuve su favor, pues su larga contestacion fue evasiva, y concluía con este párrafo:

«Si he de decirlo que siento, noble vizconde, mis observaciones y las de las personas que conocen bien el terreno que pisais me han hecho pensar que el ministerio inglés siempre está dispuesto á recelar de aquellos hombres á quienes distingue el favor directo del rey y el crédito de la sociedad. ¿No habeis hecho alto, respecto á vos, en esta circunstancia?»

¿Por dónde habian llegado á noticia del vizconde de Montmorency mi favor para con el rey de Inglaterra y mi crédito en la alta sociedad inglesa que supongo seria el que me dispensaba la marquesa de Conyngham? Lo ignoro.

Previendo, pues, que iba á perder la partida con el ministro de Negocios Extranjeros, me dirigí á monsieur de Villele, amigo mio entonces y poco inclinado á su colega. Hé aquí parte de su contestacion:

Paris 5 de mayo de 1822.

«Os doy las gracias por todo cuanto trabajais en nuestro favor, y os aseguro que la determinacion de esa córte respecto á las colonias españolas no influirá en la nuestra.

»No permitiremos que se deshonor el gobierno francés por su falta de participacion en los sucesos que pueden surgir del estado actual de Europa, y creemos que los gabinetes se equivocan mucho acerca de los medios reales con que podemos contar y del poder que ejerce el gobierno en los limites que se ha prescrito, pues nos ofrecen mas recursos que los que se creen, y espero que sabremos probarlo cuando llegue la ocasion.

»Vos nos ayudareis en esa grande circunstancia, si se presenta: lo sabemos positivamente, y contamos con vuestro esfuerzo, pues el honor será para todos, y aunque ahora no se trata de esto, cada cual obtendrá lo que sus servicios reclamen: rivalizemos, pues, para prestarlos muy señalados.

»No sé si esto acabará por un congreso; en todo caso, no olvidaré lo que me habeis escrito.»

En vista de estas palabras, apuré al ministro de Ha-

cienda por medio de la marquesa de Duras, á quien él contestó lo siguiente:

«Nada tenemos que hablar, porque estoy dispuesto á hacer por el bien público y por mi amigo todo cuanto me inspire mi celo. Os repito, pues, que no necesito estímulos, porque obro por conviccion y por sentimiento propio.

»JH DE VILLELE.»

MUERTE DE LORD LONDONDERRY.

Mi última comunicacion, de fecha 9 de agosto, anunciaba á Mr. de Montmorency que lord Londonderry partiria para Viena del 15 al 20; pero el destino iba á darme un solemne mentís, pues muy pronto tuve que despachar á mi gobierno el aviso siguiente:

Londres 12 de agosto de 1822.

(A las cuatro de la tarde.)

Comunicacion transmitida á Paris por el telegrafo de Calais.

«El marqués de Londonderry ha muerto repentinamente hoy 12 del corriente á las nueve de la mañana, en su quinta de North-Cray.»

Londres 15 de agosto de 1822.

Número 49.

«Señor vizconde: Si la atmósfera no ha opuesto algun obstáculo á mi comunicacion telegráfica, espero que sereis el primero que haya recibido en el continente la noticia de la repentina muerte de lord Londonderry.

»Esta muerte ha sido sumamente trágica. El noble marqués se hallaba en Londres el viernes, y sintiéndose con la cabeza algo pesada, se hizo sangrar, despues de lo cual se fue á North-Cray, donde la marquesa se encontraba hacia un mes. El sábado 10 se le declaró una calentura, que siguió el domingo 11; pero pareció ceder durante la noche, y el lunes 12 por la mañana seguía tan bien el enfermo, que su esposa creyó que podría separarse de él un momento. Lord Londonderry, cuya cabeza estaba trastornada, al verse solo se levantó, pasó á un gabinete, cogió una navaja de afeitar, y de un golpe se cortó la vena yugular: al momento cayó bañado en sangre á los pies de un médico que acudía á su socorro.

»Se oculta en cuanto es posible este accidente deplorable; pero ha llegado ya desfigurado á conocimiento del público, dando lugar á mil especies absurdas.

»¿Por qué habrá atentado lord Londonderry á sus dias? No tenia pasiones ni era desgraciado, y estaba mas seguro que nunca en su puesto; se proponía marchar el jueves próximo y estar de vuelta el 15 de octubre para asistir á las cacerías dispuestas de antemano, á las cuales me habia convidado. La Providencia ha ordenado otra cosa, y lord Londonderry ha seguido al duque de Richelieu.»

Hé aquí algunos pormenores que no se leen en mis comunicaciones:

A su vuelta de Londres me contó Jorge IV que habia ido lord Londonderry á llevarle el proyecto de instruccion, que habia redactado para sí mismo y que debia seguir en el congreso. Jorge IV tomó el manuscrito, y empezó la lectura en alta voz; pero notando que el marqués no le escuchaba y que dirigía la vista hácia el techo de la cámara, le preguntó:— «¿Qué teneis, lord?— Señor, contestó el marqués: es ese insufrible John (un jockey), que está en la puerta y no se quiere marchar, aunque no ceso de

mandárselo.» Admirado el rey, cerró el manuscrito, y dijo:— «Estais enfermo, milord; volved á casa y disponed que os sangren.» Lord Londonderry salió, y compró en un almacén la navaja, con la cual se suicidó.

El 15 proseguí diciendo á Mr. de Montmorency:

«Se han enviado correos á todas partes para llamar á los ministros ausentes, pues ninguno de ellos se hallaba en Londres el día del acontecimiento. Se les aguarda hoy ó mañana, y celebrarán un consejo; pero nada decidirán, porque en último resultado el rey será quien les nombre un colega, y ahora está en Edimburgo, siendo probable que no se apresure á hacer la eleccion en medio de las fiestas. La muerte del marqués es funesta para la Inglaterra; no era amado, pero sí temido; y los radicales le odiaban, pero le tenían mucho miedo. Imponia á la oposicion la cual no se atrevia contra él en la tribuna y en los periódicos; su imperturbable sangre fria, su profunda indiferencia hácia los hombres y las cosas, su instinto de despotismo y su desprecio secreto á la libertad constitucional hacían de él un ministro para luchar ventajosamente contra las exigencias del siglo. Sus defectos eran nobles cualidades en una época en que la exageracion y la democracia amenazan al mundo.

»Tengo el honor de ser etc.»

Londres 15 de agosto de 1822.

«Señor vizconde: Las noticias posteriores han confirmado lo que os he comunicado acerca de la muerte del marqués de Londonderry; parece, sin embargo que el instrumento con que el infortunado ministro se cortó la vena yugular fue, no una navaja de afeitar, sino un cortaplumas. El informe del coroner os instruirá de todo.

»Al presente ya debeis saber que lord Londonderry habia dado pruebas de enagenacion mental algunos dias antes de su suicidio, y que el rey se habia apercebido de ello. Ahora me llama la atencion una circunstancia en que antes no habia reparado, y que merece referirse. Hace unos doce ó quince dias que fui á ver al marqués de Londonderry, y contra su costumbre y la del país, me recibí con familiaridad en su gabinete de vestir. Iba á afeitarse, y me hizo riéndose sarcásticamente un pomposo elogio de las navajas inglesas; y habiéndole yo felicitado por la clausura de las sesiones, me contestó:— «Sí; es preciso que eso se acabe, ó que acabe yo.

»Tengo el honor etc.»

Todo cuanto los radicales ingleses y los liberales de Francia han referido, á saber: que el marqués se mató por desesperacion política, conociendo que iban á triunfar los principios opuestos á los suyos, es una fábula inventada por la imaginacion de unos y por el espíritu de partido de otros. Lord Londonderry no era hombre capaz de arrepentirse por haber pecado contra la humanidad ni contra las luces del siglo: la locura entró por las mujeres en la familia Castle-reagh.

Decidióse que el duque de Wellington acompañado de lord Chamwilliam, ocuparía en el congreso el lugar de lord Londonderry; las instrucciones oficiales eran: olvidar completamente á la Italia; no mezclarse en los asuntos de España, y negociar los de Oriente, manteniendo la paz sin aumentar la influencia de la Rusia. Las probabilidades estaban siempre en favor de Mr. Canning, y la cartera de Negocios Extranjeros se habia confiado interinamente á lord Bathurst, ministro de las Colonias.

Asistí á los funerales de lord Londonderry en Westminster, el 20 de agosto. El duque de Wellington parecia conmovido, y lord Liverpool se veía precisado